

Patrimonio filosófico de Europa

1. *Olvido del patrimonio filosófico**

Europa tiene una historia filosófica y, por tanto, una herencia o un conjunto de bienes filosóficos o intelectuales, que constituyen un rico patrimonio. Sin embargo, en la actualidad, muchos hombres y mujeres parecen haber perdido de la memoria de esta herencia intelectual. Viven, por ello, sin ninguna orientación, y como consecuencia en la inseguridad e incluso en la desesperación.

El continente europeo se comporta como un heredero que hubiese despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Sin base espiritual, se acaba viviendo en un agnosticismo filosófico y en la indiferencia religiosa. En el contenido de esta herencia está la religión cristiana.

El cristianismo es un elemento central y determinante de la misma. Sobre la base de la filosofía clásica y con otras aportaciones culturales, que se han dado a lo largo la historia de Europa, la fe cristiana se ha entrelazado indisolublemente con la cultura europea, de tal manera que ha marcado su desarrollo histórico y hasta la misma difusión universal de la cultura occidental. Sin el cristianismo, es imposible conocerla y comprenderla.

Siempre el cristianismo ha estado presente a lo largo de la historia hasta el punto de que no es posible entenderla sin hacer referencia al mismo. Europa vivió un período muy largo de evangelización. Después, el cristianismo, a pesar de la división entre Oriente y Occidente, fu religión de los europeos, durante los siglos del período medieval. También en el período moderno, a pesar de la fragmentación de la unidad religiosa, el cristianismo continúa plasmando a la cultura. El mundo contemporáneo, con su secularismo, tampoco se comprende sin tener en cuenta el progresivo alejamiento de la cultura del cristianismo.

El filósofo español Jaime Balmes escribió respecto a la filosofía europea que: "Se ha dicho que el desarrollo del entendimiento había sido en Europa enteramente teológico; esto es verdad y verdad necesaria. La razón es muy sencilla. Todas las facultades del hombre se desenvuelven conforme a las circunstancias que le rodean; y así como su salud, su temperamento, sus fuerzas, y hasta su color y estatura, dependen del clima, de los alimentos, del tenor de vida y otras circunstancias que le afectan, así también las facultades intelectuales y morales llevan el sello de los principios que preponderan en la familia y sociedad de que forma parte".

* Texto de la intervención del autor en el XLIV Encuentro de Universitarios Católicos, "Europa, vuelve a tus raíces", que tuvo lugar en Salamanca, en la Universidad de Salamanca, en el Aula "Miguel de Unamuno" ("Patio de Escuelas", el día 28 de noviembre de de 2004), organizado por la Asociación de Estudiantes Católicos.

El desarrollo intelectual en los pueblos europeos fue posible por el cristianismo. "En Europa el elemento predominante era la religión, se la oye, se la ve, se la encuentra en todos los objetos; sin ella no se descubre en ningún punto un principio de acción y vida, y así era preciso que todas las facultades del europeo se desenvolviesen en un sentido religiosos. Si bien se observa, no era solo el entendimiento el que presentaba ese carácter: era también el corazón, hasta las pasiones, todo el hombre moral; de suerte que así como no se puede dar un paso en ninguna dirección de Europa sin tropezar con algún monumento religiosos, tampoco se puede examinar ninguna facultad del europeo sin encontrar la huella de la religión".

Como indica Balmes hay muchos símbolos de la presencia cristiana en Europa, pero con el lento y progresivo olvido de la herencia religiosa, se están convirtiendo en mero vestigio de épocas pasadas incomprensibles. No es muy extraño que en los actuales los intentos de dar a Europa una identidad se excluya la herencia religiosa, e incluso se niega la existencia de la savia cristiana que ha dado vida a los distintos pueblos europeos, y con ella la vida intelectual o filosófica.

Debe reconocerse que los valores fundamentales que pueden considerarse la verdadera identidad europea y, por ello, como el elemento integrador de todos los pueblos que comparten una misma herencia fundamental, se han adquirido principalmente gracias al cristianismo. Estos valores, que unen más que los intereses económicos o la situación geográfica, se pueden sintetizar en estos siete fundamentales, acuñados todos ellos por el cristianismo: la afirmación de la dignidad de la persona humana, de los derechos humanos, del valor de la razón, de la libertad, de la distinción entre política y religión, del Estado de Derecho y de la democracia. Aunque la modernidad europea insistió especialmente en los últimos, es un hecho que los tomó de su herencia cristiana.

Es innegable que la fe cristiana, por una parte, ha determinado los fundamentos de la cultura europea. Por otra, ha sido el impulso del cristianismo que ha integrado a pueblos y a culturas diferentes. El cristianismo ha sido la fuerza aglutinadora de Europa.

La pérdida de la memoria cristiana comporta que muchas personas que vivan con un vacío y sin encontrar un sentido a la vida. La filosofía actual refleja esta situación con el predominio de los relativismos, los agnosticismos, y hasta los escepticismos de la mayoría de sus principales corrientes. El agnosticismo se da especialmente en el ámbito religioso cada vez más difuso, el relativismo en la moral y en el orden jurídico, junto con el pragmatismo, y el escepticismo en el filosófico.

Desde el ámbito intelectual privilegiado de la filosofía se observa el nacimiento de una nueva cultura, alimentada y difundida por los medios de comunicación social. Muchos de sus contenidos no sólo chocan con el pensamiento cristiano, sino también con la dignidad de la persona humana. Puede decirse que, en ella, los derechos humanos carecen de fundamento, porque se ha perdido su fundamento, la verdad y el bien de la persona humana, del hombre, de cada hombre, en su individualidad.

La nueva cultura europea se basa en el nihilismo. Únicamente se afirma el hombre. No hay nada por encima de él. Toda trascendencia es reemplazada por el antropocentrismo, la consideración del hombre como el centro absoluto de la realidad, No se reconoce que el hombre es un ser dependiente en un ser y en su obrar.

No es raro que desde esta cultura nihilista, muchas personas tengan la sensación de soledad aunque posean todas las cosas materiales necesarias para vivir, se sienten

1. J. BALMES, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, en c. 71, "La religión y el entendimiento en Europa,

más solas, como abandonadas y sin verdaderos lazos afectivos. Desde el egocentrismo, en el que se encuentran encerradas también muchos, parece buscarse sólo los propios intereses. Se busca una felicidad de tipo hedonista, que se espera lograr a través del consumismo. No hay mucho lugar para la solidaridad interpersonal. El grave fenómeno del deterioro del concepto de la familia lo confirma.

El filósofo alemán nacido en Italia, romano Guardini, sostenía que en el futuro "se va a desarrollar un nuevo paganismo"². Notaba que: "Desde comienzos de la Edad moderna se trabaja por elaborar una cultura no cristiana. Durante mucho tiempo esta negación apunta únicamente al contenido mismo de la Revelación, no a los valores éticos, sean individuales o sociales que se han desarrollado bajo la influencia de aquella"³.

No se ha reconocido este hecho histórico y se ha afirmado, en cambio, que: "Los valores, por ejemplo, de la persona, la libertad, la responsabilidad y la dignidad individual, del respeto mutuo y de la mutua ayuda, constituyen posibilidades innatas en el hombre, descubiertas y desarrolladas por la Edad moderna"⁴.

Estos valores son cognoscibles por la razón, pero la Iglesia los propuso junto con los valores religiosos de contenido sobrenatural, porque no se habían descubierto y quizás hubieran permanecido siempre ignorados. "La tesis de que estos valores y actitudes corresponden simplemente al desarrollo de la naturaleza humana ignora el sentido real de los mismos; más aún, desemboca –es menester decirlo sin rodeos– en un fraude que pertenece también, para quien vea las cosas como son, al cuadro de la Edad moderna"⁵.

Sin embargo, este 'fraude intrínseco' se irá desvelando poco a poco. "Cuanto mayor sea la decisión con que el incrédulo niegue la Revelación, y cuanto más consecuente sea en la práctica de esa negación, tanto mayor será la claridad con que se verá qué es lo cristiano. Es preciso que el incrédulo salga de la niebla de la secularización, que renuncie al beneficio abusivo de negar la revelación apropiándose, sin embargo, los valores y energías desarrollados por ella, que ponga en práctica sinceramente la existencia sin Cristo y sin el Dios revelado por Él, y tenga experiencia de lo que eso significa. Ya Nietzsche advirtió que el hombre no cristiano de la Edad Moderna no sabe lo que significa en realidad no ser cristiano"⁶.

2. Miedo al futuro

La crisis nihilista se manifiesta también en la falta de esperanza. Frecuentemente el hombre intenta saciarla en realidades efímeras y frágiles y hasta ilusorias, que agudizan su desesperación. Sin razones para la esperanza el hombre europeo tiene miedo.

El escritor inglés William Gerald Golding (1911-1993), premio Nobel de Literatura en 1983, autor de la famosa novela *El señor de las moscas*, ha expresado, en todas sus obras, el miedo del hombre actual. Considera que el miedo es como una enfermedad de la naturaleza humana. Es el origen de todos los males y que puede llevar al fin de cultura humana.

El hombre, desde la infancia, tal como se descubre en la novela citada, o en cualquier momento de la historia de la humanidad, como ocurre en *Los herederos*, cuyos

2. ROMANO GUARDINI, *El fin de los tiempos modernos*. Ensayo de orientación (Trad. de A.L. Bixio), Buenos Aires, Editorial Sur, 1958, p. 85.

3. *Ibid.*, pp. 80-81.

4. *Ibid.*, pp. 81-82.

5. *Ibid.*, p. 84.

6. *Ibid.*, p. 85.

protagonistas son un grupo de hombres del Neanderthal, está encadenado al miedo profundo, metafísico, ante un mundo y una vida sin sentidos. En sus últimas obras, añade a este mal el remordimiento, porque los deseos humanos tanto si son desinteresados como si son egoístas, siempre llevan a l mal de los inocentes. El precio que hay que pagar es el sufrimiento de los otros.

Claramente se advierte en *La torre*, cuya trama transcurre en la Edad Media, y versa en la construcción de una torre que corona una catedral, desafiando las leyes de la física. Como todas las construcciones humanas, no es inocente, se ha elevado sobre la ruina víctimas débiles. El hombre, en definitiva fracasa siempre.

No es posible permanecer en esta situación desesperada, que puede convertirse en insoportable. Si esta especie de condena es fruto de un olvido, es preciso recuperar la memoria. Puede ser útil para ello, volver a pensar el camino que se ha recorrido hasta ahora y que ha desembocado como una consecuencia legítima en una falta de camino, a una "senda perdida", como indicaba Heidegger. Para salir de este extravío, se impone repensar los orígenes del camino.

Para el reencuentro de los inicios de Europa, hay que situarse en los tiempos de San Benito, a finales del siglo V y a principios del VI de nuestra era. Además, la situación del mundo de entonces muestra muchas semejanzas con las condiciones actuales de la vida humana. Existía el miedo por las perturbaciones política, las amenazas de guerra, la a incertidumbre sobre el futuro, y en definitiva, por la consideración de la vida como carente de sentido válido y seguro.

Por extraño que hoy pueda parecer, fue San Benito que constituyó la estructura de la nueva Europa. Desde el mar Mediterráneo hasta Escandinavia, desde Irlanda hasta Polonia, los monjes benedictinos, junto con el cristianismo llevaron la civilización y la cultura.

El papa Pablo VI, en la carta apostólica "Pacis nuntius", promulgada el día 24 de octubre de 1964, proclamó a San Benito patrono principal de toda Europa, porque: "Al sucumbir el Imperio Romano, ya exhausto, mientras algunas regiones de Europa parecían caer en la en las tinieblas y otras todavía estaban privadas de civilización y de valores espirituales, fue él quien, con constante y asiduo empeño, hizo nacer en nuestro continente la aurora de una nueva era".

Además de San Benito, Juan Pablo II, 31 de diciembre de 1980, proclamó copatronos de Europa, a dos santos del primer milenio, los hermanos Cirilo y Metodio, evangelizadores y civilizadores de los pueblos eslavos, en el siglo IX (Carta Apostólica *Egregiae virtutis*). Unos años después, tuvo lugar la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz como patronas de Europa , el día 1 de octubre de 1999 (Carta apostólica en forma de "motu proprio"). Tres grandes mujeres, tres grandes santas, tres mujeres que, son representativos de la historia de Europa.

San Benito (480-543), Patrono de Europa, del que dijo Pablo VI, que fue "mensajero de paz, realizador de unión y maestro de civilización", y sus monjes, con su laborioso, constante y silencioso esfuerzo, tuvieron, por una parte, el mérito de conservar y transmitir el patrimonio de la cultura antigua a los pueblos europeos. Juan Pablo afirmó, al comenzar el año del mil quinientos aniversario del nacimiento de Benito el espíritu benedictino "es totalmente contrario al espíritu de destrucción" (Ioannis Pauli PP. II «Homilia Calendis Ianuariis, in Patriarchali Basilica Vaticana habita»). Por otra, enseñó al paganismo los tesoros espirituales de la persona humana. Con esas enseñanzas de los monjes Europa se hizo tierra cristiana.

No es necesario destacar la importancia, en estos tiempos de vuelta al paganismo, la consideración benedictina del hombre en su totalidad, con el reconocimiento de la dignidad de todo trabajo. Su afirmación de la dignidad única e irrepetible del hombre como persona e más actual que nunca.

Natural de Nursia, Umbría, San Benito nació en el momento que se había derrumbado el imperio romano occidental. El último emperador Rómulo Augustulus fue depuesto por Odoacro, jefe de los mercenarios bárbaros, el 4 de septiembre de 476, el Imperio no terminó, porque continuó existiendo en Oriente.

Este rey de los hérulos no se digno a vestir la púrpura cesárea. Envío las insignias imperiales al único emperador que quedó: Zenón, el Isaurio, defensor del monofisismo. Tampoco quiso quedarse en Roma y se instaló en Rávena. Además, como persistió la idea de San Jerónimo, según su interpretación de las profecías de Daniel, de que el último poder político tenía que ser el Imperio romano, éste quedó totalmente personificado en los emperadores bizantinos. Era una época de desorden y disolución social. El edificio político, que comprendía casi doscientos millones de personas, levantado por el emperador Augusto, estaba condenado a las ruina. Los reyes de estas nuevas monarquías eran paganos o bien arrianos o monofisitas.

Además de estas herejías, en Oriente, en donde habían nacido, se daba otro alarman-te hecho para el cristianismo: el monacato, que tan fecundo se había mostrado, estaba en crisis. En los siglos III y IV, habían instituido, en algunas regiones de Oriente, una propia forma de vida, o una vida solitaria y apartada, o la entrega al servicio de Dios en una convivencia de caridad fraterna. El monacato oriental caía por una pendiente, de la que ya no saldría nunca más. También en Occidente, los monjes y el clero estaban en decadencia. El antiguo Imperio era un mundo que tenía que ser evangelizado de nuevo.

En medio de esta situación de desorden, de una figura solitaria, San Benito de Nursia, brotará la regeneración. Sus padres, Eupropio y Abundancia, pertenecientes a la nobleza provincial –concretamente de la estirpe de los Anicios, de la ciudad de Nursia, en los Apeninos, a unos cien kilómetros de Roma– le bautizaron con el nombre de *Benedictus*, o Bendecido, del cual se formó el nombre de Benito. Fue educado en el cristianismo, junto con su hermana gemela y única, Escolástica.

Terminados los estudios elementales, cuando Benito tenía alrededor de veinte años, sus padres le enviaron a Roma, para continuar con los estudios superiores. Le acompañó Cirila, su nodriza griega, que era para él como una segunda madre. Pudo así presenciar la entrada en Roma de Teodorico, rey de los ostrogodos, y las luchas entre los romanos y el partido bizantino para la elección del papa.

San Gregorio I Magno (540-604), el gran papa benedictino, creador del canto gregoriano, que procedía también de los Anicios, en el libro segundo de sus *Diálogos* –que contiene la primera biografía sobre San Benito, escrita con los datos de monjes de Montecassino–, indica que Benito estuvo bastante tiempo en Roma. No terminó sus estudios, porque: "Como viese a muchos de sus compañeros precipitarse por la sima del vicio, temiendo para sí lo que veía en los demás, determino retirar del mundo el pie que apenas había puesto en él". Sintió que tenía que abandonar este mundo, pagano en sus costumbres, y retirarse al servicio de Dios, tal como hacían los anacoretas en los desiertos de Palestina y Egipto.

Algún biógrafo explica que gracias a la educación y a las oraciones de su hermana, que se había consagrado privadamente a Dios desde su infancia, pudo cruzar ileso la primera juventud en un mundo de corrupción. Según San Gregorio fue sobre todo, por ser "bendito por la gracia y por el nombre" (*Diálogos*, l. 2, c. 1).

3. *Nacimiento de la Cristiandad*

Un día, el joven Benito, en lugar de seguir la calle que le llevaba al lugar de las clases, tomó la Vía Nomentana y se dirigió hacia Tivoli, donde había una zona desértica. Le siguió su fiel nodriza Cirila, que no quería dejarle. Podría decirse que aquel mañana, con aquellos caminantes, que se alejaban de la decadente Roma, nació la nueva Europa. Ambos llegaron a un pueblo llamado Afide. Benito se detuvo allí unos meses, conquistando la simpatía de todo el vecindario, especialmente de su párroco, que veía en Benito un clérigo ideal. Benito había tenido la intención de incorporarse a una cercana colonia de ascetas, pero se había desengañado por los defectos que encontró en aquella comunidad.

Se cuenta que, en este lugar, Cirila halló roto el cedazo para cribar el trigo, que le habían prestado. Era de arcilla y se había partido en dos pedazos. La mujer lo sentía muchísimo, por ser algo que no le pertenecía, que su dueña apreciaba mucho, y porque quedaría en entredicho su responsabilidad como ama de casa. Sufría como si fuera una pérdida importantísima. Al encontrarla llorando, Benito, que la quería muchísimo y era una persona muy compasiva, oró y se lo entregó como si nada hubiese ocurrido.

Esta recomposición milagrosa del utensilio se extendió rápidamente por todo el pueblo. Benito decidió huir para no ser canonizado en vida, dejando, a los vecinos, el cuidado de su nodriza, que no tardó en regresar a Nursia, donde vivían los padres y la hermana de Basilio.

Benito se dirigió a un lugar, llamado Subiaco, que significa por debajo del lago, donde el río Anio abre un desfiladero y forma un lago. Allí, Nerón había construido una quinta y unos baños, en un lago artificial, pero en esta época estaban ya abandonados. El joven estudiante, vivió durante tres años en Subiaco, en una pequeña cueva. En la soledad, Benito, además de intensificar la oración, pudo adquirir una riqueza personal, que no había logrado en la ciudad. De modo parecido a nuestro tiempo, la abundancia de productos técnicos y el ambiente superficial, le habían dificultado la profundización en el sentido de la vida.

Un anacoreta, llamado Román, que vivía en las cercanías, y que le había proporcionado un cilicio y un hábito de pieles, le suministraba diariamente los alimentos. Como no podía llegar hasta la peña donde estaba la pequeña cueva, le colocaba la comida en una cuerda, en cuyo extremo tenía una campanilla, para que supiera que tenía que tirar de ella. El hombre, contemplando la belleza de lo creado, se conmueve en lo más íntimo de su alma y se siente llamado a elevar su mente hacia Aquel que es su fuente y origen; al mismo tiempo, se ve inducido a comportarse casi con reverencia hacia la naturaleza.

Cuenta San Gregorio, en su narración, que unos pastores le vieron un día. Le tomaron al principio, dado su aspecto y su hábito monástico, formado por pieles, por una fiera. Por sus palabras piadosas, sin embargo, comprendieron inmediatamente que era un hombre de Dios.

También cuenta que, en uno de los días de su vida en Subiaco, Benito recordaba a una joven de la que había estado enamorado, cuando vivía en el ambiente mundano de Roma. Para combatir la tentación de dejar su retiro e irse con ella, se quitó las pieles y se revolvió en unas zarzas espinosas hasta que desapareció su deseo desordenado. En este acto virtuoso, que supuso la victoria del espíritu sobre lo corpóreo o la materia, podría considerarse como un anuncio del espiritualismo de la futura Cristiandad europea.

A los tres años de vivir en aquella especie de sepulcro, unos religiosos del monasterio cercano de Vicovaro, le pidieron insistentemente que les gobernase. Accedió a su ruego, pero, al poco tiempo, no aceptaron la vida austera que Benito les hacía vivir. Un día intentaron envenenarle con la bebida. Benito hizo la señal de la cruz sobre el vaso y éste se rompió como si se le hubiera golpeado. Inmediatamente después Benito regresó a su cueva para volver a vivir en soledad, no para estar solo, sino sólo con Dios, en un diálogo ininterrumpido o en oración continúa.

Sin embargo, no consiguió la soledad, porque al poco tiempo se le unieron muchos discípulos. Incluso muchos nobles le enviaban a sus hijos para que se les educara. Benito consiguió así formar doce monasterios con doce monjes cada uno y su correspondiente prelado. Estas fundaciones tenían una gran importancia. En Subiaco, cerca de Tívoli y de Roma, se crean varios monasterios con una organización nueva en el monacato, sin el rigorismo y el individualismo de los monjes orientales.

Eran, además, un centro de unidad cultural y social, porque reunían a vencedores y vencidos, a romanos y bárbaros, y a clérigos y seglares. Como un símbolo, los monjes, muchos de ellos godos, con la guadaña y el hacha iban allanando el terreno, que, desde la época de Nerón, había sido invadido por la vegetación, para poderlo cultivar. El ánimo libre de las cosas y el arte de usarlas rectamente, la primacía del espíritu, la paz; a abrir completamente su corazón a Dios.

De esta época San Gregorio narra un hecho milagroso. El santo hizo salir milagrosamente del lago de Subiaco el hacha que a uno de los monjes, fuerte, pero sin habilidad, se le había caído, y le dijo: "Toma el hacha. Trabaja y no te desanimes". Palabras que los biógrafos han tomado como la síntesis del mensaje benedictino a la nueva Europa, que se formaba con los pueblos, que la conquistaban con las armas, y con los vencidos romanos.

Mauro y Placido, dos de los romanos, que estaban en Subiaco, discípulos predilectos de San Benito, llegaron también al reconocimiento de su santidad. El padre del segundo, Tertulio, un importante senador, donó a San Benito varios territorios, entre ellos el que fue después el gran monasterio de San Severino, en Nápoles. Su hijo, un día que había ido a buscar agua en el lago de Nerón, cayó en él, arrastrado por el peso de la cuba. Benito le salvo milagrosamente.

El celebre orador Bossuet (1627-1704), explicaba así el milagro, en el *Panegírico de San Benito*, que pronunció, al cabo de doce siglos, ante los hijos espirituales del santo: "San Benito ordena a san Mauro, su discípulo fiel, que corra a salvar al mancebo. Mauro no vacila y poseído de confianza en la orden que recibiera, camina sobre las aguas como sobre tierra, y le salva del remolino que iba a tragarle. ¿A que habremos de atribuir tan gran milagro? ¿A la fuerza de la obediencia, o a la fuerza del mandato? Gran problema es este, dice san Gregorio, entre san Benito y san Mauro, más digamos para resolverlo, que la obediencia comunica gracia para cumplir el efecto del mandato, y que éste a su vez la comunica para dar eficacia a aquella. Caminad ¡oh padres! sobre las aguas con el auxilio de la obediencia, y hallareis firmeza en medio de la inestabilidad de las cosas humanas, sin que las oleadas puedan derribaros ni los abismos devoraros. Inmóviles e inmutables, como si todo fuese firme debajo de vuestros pies, vuestra victoria es segura".

Según el relato de San Gregorio, un párroco de las cercanías, Florencio, envidioso del éxito de San Benito, intento desacreditarle y después envenenarle. Al no tener éxito en ninguna de las dos tentativas, procuró apartar a sus jóvenes monjes del camino que habían emprendido. Para ello, envió a siete mujeres de mala vida al huerto donde

trabajaban los monjes para que les provocaran. Benito que lo vio desde su celda, comprendió inmediatamente que, para terminar estos ataques y preservar a sus monjes, tenía que dejarlos. Nombró superiores para los monasterios y con un pequeño número de discípulos, después de casi veinticinco y cinco años de permanencia en las peñas de Subiaco, se dirigió por la Vía Latina hacia el Sur.

4. *Filosofía del trabajo*

Esta segunda marcha por una vía romana, iba a ser también muy fructífera. Benito llegó a la antigua ciudad romana de Cassino, en aquella época medio en ruinas, pero que todavía conservaba un anfiteatro. La ciudad se llamó después San Germano, en honor de un santo obispo de Capua, amigo de Benito. Un cercano monte escarpado, dominaba Cassino, las montañas del Norte y una amplia llanura, que se extendía hasta el Mediterráneo. Desde muy antiguo, existía, en este monte, un templo dedicado al dios Apolo. También, y a su alrededor, un bosque sagrado, donde, después de doscientos años del emperador Constantino, los campesinos todavía hacían sacrificios idólatricos. Benito les predicó el mensaje evangélico y logró que se derribara el templo y se talara el bosque.

Sobre las ruinas del templo, que había sido derribado, y cuyo altar había destruido personalmente san Benito, hizo construir dos capillas, una consagrada a san Juan Bautista, el primer cristiano solitario, y otra a san Martín de Tours (316-397), el soldado, obispo y monje, evangelizador de la Galia, que había también derribado monumentos drúidicos y robles sagrados, e igualmente ídolos romanos. Alrededor de estos oratorios San Benito levantó, en el año 529, el monasterio de Montecassino, el más famoso del mundo católico.

Benito, que no había recibido la ordenación sacerdotal, escribió su famosa *Regla* en Montecassino. Fue la primera escrita para Occidente. Hasta entonces todos los monjes habían vivido según las reglas de Oriente.

La *Regla* de San Benito era, por una parte, un conjunto de disposiciones morales, económicas, litúrgicas y penales, basadas en sus propias observaciones y en su experiencia personal, que mostraban la precisión y metodicidad de la sabiduría romana. Revelaban incluso una moderación y prudencia, superiores a las leyes romanas. Por otra, la *Regla* era un texto espiritual. Comenzaba con las palabras "Ausculte, o fili", Escucha ¡oh hijo!. Su espiritualidad se alimentaba en la palabra de Dios, en la Biblia. El monje debía escuchar largas lecturas bíblicas en la Iglesia y en el refectorio o comedor. La "lectio divina", como le llama el santo, ocupaba las mejores horas del día del monje. Comenzaba a las dos de la madrugada y duraba hasta el alba, los maitines. Luego, seis veces durante el día, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. En una semana, se cantaba el salterio completo.

Desde entonces, en los benedictinos, ha sido una constante histórica el aprecio al Oficio divino y a la liturgia en general. No es casual, por ello, que el interés por el estudio de la Biblia surgiese de los monasterios benedictinos, así como los diferentes movimientos litúrgicos.

También en la vida benedictina había lugar para la oración privada o "secreta". En realidad no había una distinción profunda entre la oración comunitaria y la individual. Se consideraba la "lectio divina" como la respuesta de Dios a la oración del monje. La oración se convertía así en un verdadero diálogo entre Dios y el hombre.

Benito no quería que los monjes se limitasen al trabajo interior, imponía en su *Regla* el trabajo exterior, sujetándolo también con normas. El trabajo quedaba, después de las

alabanzas a Dios, establecido en siete horas al día. La actividad de los monjes, expresada en el mandato "*ora et labora*", no excluía el estudio. Incluso el fundador prescribió la existencia de una biblioteca en los monasterios, pero no era lo esencial de su espiritualidad. también los bienes del monasterio son signo del amor de Dios a las criaturas, o del amor que conduce al hombre hacia Dios; más aún, los instrumentos y utensilios de trabajo "son considerados como los vasos sagrados del altar" («Regula», 31,10).

Los benedictinos comunicaron a los pueblos europeos el amor al el trabajo manual y a las artes, confiriéndoles una instrucción para ello. Además, desde el espíritu evangélico, que infundieron al trabajo, mostraron su dignidad. San Benito no propuso una cierta visión filosófica y teológica abstracta, sino que, partiendo de la realidad de las cosas, inculcó en los hombres europeos un modo de obrar y de pensar, que representa el traslado del pensamiento a la vida cotidiana.

Los monjes benedictinos no se consideraban archiveros, pero de hecho los monasterios se constituyeron en grandes archivos y, como consecuencia, en un foco de irradiación cultural. Con el tiempo se fue dando más importancia a la constitución de bibliotecas en los monasterios, con los anexos de cámaras de copistas, "*scriptorium*", que fueron el mejor medio de conservación de las obras de la antigüedad clásica y de la patrística.

Los monasterios fueron los que realizaron, en la alta Edad Media, el gran papel de la transmisión de la cultura en general. En un momento de inseguridad y de movimiento de pueblos, la introducción del cuarto voto de estabilidad, establecido por San Benito, no prescrito por ninguna regla anterior, representaba la permanencia y la continuidad en todos los sentidos.

Además el monasterio, organizado como una ciudadela que estuviese asediada permanentemente, tenía que producir todo lo necesario para vivir, de manera que los monjes no tuvieran necesidad de salir. Algunos de ellos, designados por el abad, podían recibir el presbiteriado para el servicio espiritual del monasterio, pero continuaban estando sujetos a la misma Regla.

5. *Filosofía de la autoridad y humanismo*

Junto con el trabajo, la obediencia era el otro principio conductor de los setenta y dos artículos de la Regla, san Benito la consideraba como un trabajo más. Renunciar al uso legítimo de la voluntad propia, llevaba a la humildad y ésta a la caridad.

El abad tenía una autoridad absoluta, pero estaba también sujeto a la *Regla*, que no se podía modificar nunca. Tenía además la obligación de consultar, en los asuntos más importantes, a los monjes más selectos o a toda la comunidad. En realidad, con la obediencia el monje participaba de la disciplina de las legiones romanas y del espíritu de sacrificio por la comunidad propia de los pueblos bárbaros.

Con su *Regla*, San Benito enseñó que toda autoridad, en cualquier grado que sea y en cualquier grupo social, debe reflejar el valor de la paternidad, en sentido genérico. Este don es el que permite unir a los hombres en vínculos fraternos. La autoridad de este modo es más humana, más espiritual, y, con ello, más sincera. Con la paz, que engendra, y con el trabajo es posible la construcción de una sociedad más humana y que permita la apertura al Dios único

Desde esa concepción benedictina de la vida, no sólo es posible la comunidad plenamente humana, sino también la acogida de los demás. De ahí que los monjes benedictinos siempre tuvieran fama de caritativos. El mismo San Benito curaba enfermos y repartía limosnas.

Un día llegó a Montecassino un campesino llevando a su hijo muerto entre sus brazos y preguntando por el padre Benito. Al saber que estaba en el campo trabajando con los monjes, dejó el cadáver en el umbral del monasterio y se fue corriendo a buscarle. Al encontrarle le gritó "Devolvedme mi hijo". Benito le contestó: "Acaso os lo he quitado yo?". El pobre hombre repuso: "Ha muerto, resucitadlo". Benito apenado le dijo: "Idos; esto no nos toca a nosotros, sino a los santos apóstoles ¿Porque queréis imponernos tan insoportable carga?".

El labrador insistía, Benito le preguntó donde estaba el cuerpo. "En la puerta del monasterio", respondió. Fueron allí. El santo se arrodilló y exclamó: "Señor, no miréis mis pecados, sino la fe de ese hombre, y devolved a ese cuerpo el alma que le habéis arrebatado". Terminada esta oración, el cuerpo del niño se agitó convulsivamente a la vista de todos. Benito tomándolo de la mano lo devolvió a su padre, lleno de vida y salud.

Benito recordó que no es lícito al hombre, que se dedica especialmente a Dios, olvidarse de lo que es humano. La fidelidad a Dios comporta la fidelidad al hombre. La vida del monje se sitúa en un eje vertical, que se expresa en la 240, Times, oración litúrgica e individual, y también armónicamente con otro horizontal, que se traduce en el trabajo y en la acogida de los demás.

Este humanismo benedictino se advierte en la vida ascética que reguló Benito en la *Regla*. El ascetismo benedictino, incluía las austeridades de la tradición monástica: ayunos, abstinencias, velas nocturnas y silencio. Sin embargo, San Benito imprimió en las austeridades corporales "discreción" o moderación. Cuenta San Gregorio que Benito se enteró que, en los montes inmediatos, vivía un solitario, que además de vivir encerrado en una cueva, se había atado en un pie una cadena que le fijaba en una roca. Benito fue a verle y le mandó romperla, diciéndole: "Si verdaderamente eres servidor de Dios, debe contenerse no una cadena de hierro, sino la cadena de Jesucristo".

Con su humanismo, Benito y sus monjes pudieron emprender la tarea de reconciliación de romanos y bárbaros, que eran tan distintos en raza, lengua, costumbres, cultura y religión. San Gregorio cuenta un hecho singular, sobre las relaciones entre San Benito y los godos, bárbaros que habían abrazado el arrianismo. Algunos godos se habían convertido al cristianismo e incluso estaban en Montecassino como monjes. Sin embargo, la mayoría de los godos por ser arrianos, y después de la muerte de Teodorico, odiaban a los cristianos y les oprimían con toda suerte de abusos. Galla, uno de ellos, recorría las poblaciones campesinas robando los bienes de los aldeanos. Cuando a uno de ellos le estaban torturando para obtener sus bienes, al campesino se le ocurrió decir que se los había entregado al abad Benito. El godo le obligó a que le acompañe al monasterio.

El romano, atados los brazos y a pie, y Galla, a caballo siguiéndole, llegaron a Montecassino. Benito, que estaba leyendo, les miró. Al instante se desataron las ligaduras del pobre campesino y Galla bajó del caballo temblando. Se arrodilló ante el santo y se desmayó. El abad mandó a sus monjes que lo atendieran. Luego, le recriminó su conducta, diciéndole además que rezaría por él. El relato es una imagen concreta de la actitud de los monjes ante la situación tan compleja de Europa y del respeto y autoridad moral de que gozaban.

Entre los godos, Benito tenía fama de hombre de Dios. Uno de los reyes ostrogodos, Totila, quiso conocer Montecassino. Para comprobar el espíritu profético, que los godos atribuían a Benito, ordenó que el capitán de su guardia, se vistiera con su rico traje real. Con una numerosa escolta al mando de tres condes, el capitán se presentó

ante el santo como si fueran el rey y su cortejo. Al llegar le dijo Benito: "Hijo mío, quitaos el traje, que lleváis puesto, no es el vuestro". Todos se arrodillaron ante él y regresaron al campamento para informara a Totila. El rey emprendió inmediatamente la subida al monasterio. Benito le esperaba sentado. Totila tuvo miedo y se postró a sus pies. Benito le dijo, por tres veces, que se levantará. Hasta que fue a levantarle él mismo.

Estuvieron conversando. El santo le reprendió por los males que había hecho y le predijo lo que tenía que sucederle, con estas palabras, que refiere San Gregorio: "Mucho mal habéis hecho. Mucho hacéis todavía y ya es tiempo de que cesen vuestras iniquidades. Entraréis en Roma, atravesaréis el mar, reinaréis nueve años y en el décimo moriréis". A partir de esta entrevista, que representaba el encuentro de las dos fuerzas principales de aquella nueva sociedad, los bárbaros victoriosos y los monjes invencibles, Totila dulcificó su carácter y fue clemente con los vencidos, como lo había sido Teodorico el Grande, rey de toda Italia, que la gobernó pacíficamente durante treinta años (493-523). También, como le había dicho Benito, murió a los diez años de su reinado en una batalla contra un ejército imperial de Justiniano

Terminado el reino ostrogodo, que había durado sesenta años, casi toda la vida de Benito, ocuparon Italia los lombardos, también arrianos, llamados imprudentemente por el emperador para acabar con los ostrogodos. El santo supo que entre los lombardos no habría ni un Teodórico ni menos un Totila, que le escuchara y respetara. Un día un magnate, que Benito había convertido, le encontró llorando. Al preguntarle la causa de su tristeza, respondió: "Todo este monasterio levantado por mí, todo lo que para mis hermanos he construido y dispuesto, ha sido entregado a merced de los paganos por decreto de Dios omnipotente. A duras penas he podido obtener el perdón de su vida". Efectivamente, el monasterio que había sobrevivido a la guerra goda-griega, fue devastado por los lombardos alrededor del año 577.

6. *Vida armónica*

En su obra, San Gregorio nos muestra a San Benito como un hombre serio, reflexivo, que parecía que tuviera mayor edad. Este carácter se traducían en su rostro, grave, sereno y apacible. Aborrecía, por ello, la superficialidad, la frivolidad y las palabras ociosas y jocosas. También el desorden. Tenía una inteligencia práctica y metódica. En realidad, su *Regla* estaba dirigida a restaurar en lo posible el estado en el que el hombre fue creado y anticipar el perfecto de la salvación definitiva.

En la convivencia monástica, bajo la guía del Evangelio, San Benito imprimió una armonía completa. Enlaza lo que principio aparecía como contrapuesto, la soledad y la convivencia, la oración y el trabajo, Dios y el hombre. Enseñó además que este camino de equilibrio y armonía debe ser recorrido también por cada hombre, aunque adaptado a sus circunstancias personales. De ahí que sea igualmente actual en nuestro tiempo.

Incluso San Benito supo integrar lo femenino en la vida equilibrada y armónica benedictina. Los biógrafos atribuyen la ternura y la delicadeza, que revela la regla benedictina, a la influencia de su hermana Escolástica. En estos últimos años de su vida, tuvo el consuelo de poder conversar con su única hermana Escolástica. Eran gemelos y como es frecuente en estos hermanos se querían muchísimo.

Dice Montalembert que: "En la historia de casi todos los santos que ejercieron una influencia reformadora y duradera en las instituciones religiosas, encuéntrase por lo general el nombre e influjo de una santa mujer participante de su obra y de su abnegación; parece que esos animosos soldados de la guerra del alma contra la carne

buscaron fuerza y consuelo en la casta y fervorosa comunidad de sacrificios, oraciones y virtudes como una madre, con una hermana por naturaleza o elección, cuya santidad esparce sobre esta parte de su gloriosa existencia como un rayo de luz más suave e impregnado de cariñoso afecto" (*Los monjes de occidente*, IV, 1).

Su hermana, después de la muerte de sus padres y de su nodriza Cirila, se unió a otras vírgenes compartiendo su vida de oración y recogimiento. Vivían en un monasterio cercano a Montecassino, el monasterio femenino de Plumbariola. Benito la dirigía al igual que a otras religiosas de los alrededores. Escolástica, en sus años maduros, volvía a ser su discípula como durante la infancia en la casa paterna de Nursia. Se veían una vez al año. Ella salía de su monasterio y se reunía con su hermano en la ladera de un monte. En el año 553, el 7 de febrero, se entrevistaron por última vez.

Sabemos, por San Gregorio, que, después de pasar todo el día platicando y rezando, cuando ya Benito y sus compañeros se iban para cumplir la Regla, que no les permitía pasar una noche fuera del monasterio, Escolástica le dijo: "Hermano, ruegote que no te apartes de mí esta noche para que podamos hablar hasta el alba de las delicias del cielo".

Contestó Benito: "Me es imposible pasar la noche fuera del monasterio". Escolástica llorando ocultó el rostro entre sus manos y empezó a orar a Dios. El cielo estaba sereno, sin nube alguna. Cuando Escolástica levantó la cabeza, estalló una violenta tempestad, que hizo imposible salir a Benito y a los monjes que le acompañaban. Le dijo entonces: "Perdónete Dios, hermana mía, ¿pero que has hecho?". Escolástica le contestó: "Te supliqué y no me oíste. He suplicado a Dios y me ha escuchado". Añadió con una gracia triunfal, plenamente femenina y sonriendo: "Parte ahora si puedes, y déjame para volver a tu monasterio". Se tuvieron que quedar y prolongaron la conversación hasta el amanecer.

San Gregorio que, en su relato de la vida del santo, cuenta este hecho, comenta que no ha de extrañar que Dios atendiera la petición de Escolástica antes que la de su hermano Benito. Indica que la hermana amaba más que Benito, y para Dios son más eficaces las oraciones de los que más aman.

A los tres días, el 10 de febrero de 553, Benito vio entrar en el cielo el alma de su hermana en forma de paloma. Lleno de gozo, cantó dando gracias a Dios, e inmediatamente envió a buscar el cuerpo de su hermana, que efectivamente acababa de morir. El cuerpo fue sepultado en una tumba en el oratorio del monasterio de Montecassino, en el mismo lugar donde había estado el altar de Apolo.

Al cabo de cuarenta días, mandó que abrieran de nuevo la tumba de Escolástica. En brazos de sus discípulos, recibió los últimos sacramentos. Mandó que le levantaran y, erguido, como un soldado romano, murió en pie, alabando a Dios hasta su último momento. Era el 21 de marzo de 543, día de jueves santo. Le enterraron junto a su hermana, en el sepulcro ya abierto. Cuenta San Gregorio que, aquel mismo día, dos monjes, uno en el monasterio y otro de viaje, tuvieron idéntica visión: una multitud de estrellas, que formaban un camino luminoso desde Montecassino hacia Oriente, y hasta el cielo. Además oyeron una voz que decía que Benito, el amado de Dios, había entrado por allí a la gloria eterna.

Cuando murió, en el año 543, ya habían quedado puestos los sólidos fundamentos de la vida monástica. No tardo en aparecer lo que se ha llamado el monaquismo occidental.

Considera Montalembert que San Benito: "Nunca quiso más regeneración que la de su propia alma y la de los religiosos, sus hermanos; todo lo demás le está de sobras, y

si es así, habremos de decir que lo más grande en su obra social e histórica es no haberla jamás sospechado. Tal es la señal distintiva de la verdadera grandeza: acometer grandes empresas y realizarlas sin estrépito, sin sistema, sin resolución tomada de antemano, al solo impulso de un pensamiento modesto y puro, que Dios transforma, eleva y centuplica. Y para colmo de rareza nada en su regla indica que la escribiera para más monasterio que el suyo, pudo, sí, pensar que sería adoptada por comunidades inmediatas a las que a su alrededor había reunido, pero nada en la misma descubre la idea de establecer entre ellas relaciones de dependencia, o sea de constituir un lazo entre diferentes casas religiosas, creando así una asociación de distintos coordinados elementos, como las grandes órdenes que después se han visto" (Ibid, IV, 1).

San Benito no había fundado una orden religiosa, únicamente había reglamentado un sólo monasterio. Aunque previó que aparecerían otros con la misma regla, no creó ningún lazo entre ellos. Durante la Edad Media, los benedictinos no formaron una familia monástica homogenizada. Su expansión no fue fruto del crecimiento de los monasterios existentes, sino de la adopción de su regla, que expresaba la característica prudencia de la antigüedad clásica, por otros monasterios ya existentes.

El mensaje de San Benito, evangelizador, civilizador, propagador del humanismo y de la paz, pueden continuar irradiando en nuestro tiempo. Son tan necesarias como en su época la enseñanza de que el trabajo, sea cualquiera la forma en que se ejerza, es parte esencial de la vida personal. El trabajo humaniza al hombre, le hace capaz de crecer y de perfeccionarse, de ser consciente de sus deberes, a que pueda contribuir al bien común, y le revela energías quizá todavía ignoradas. La fatiga que comporta le purifica, ennoblece las cosas objeto de la actividad humana y el ambiente en que se realizan. El Santo de Nursia obligaba, por ello, a sus monjes a trabajar por deber de conciencia.

Además de esta espiritualización del trabajo, es también necesaria, para la superación de la crisis nihilista actual, la consideración benedictina de la autoridad en su dimensión paterna y fraternal. Si en nuestros tiempos, puede decirse que se está en presencia de una "sociedad sin padres", el muy actual la recuperación del mensaje de Benito sobre la dimensión paterna de la autoridad. El que ejerce la autoridad, como dice el autor de las *Reglas* en una de ellas: "haga prevalecer siempre la misericordia sobre la justicia" (*Reglas*, 64,10) y procure hacerse más amar que temer, ya que él "debe más bien ayudar que mandar" (*Reglas*, 64,14.8).

San Benito vivía en una sociedad, en la cual, como también ocurre en nuestros días, la persona muchas veces no era tenida en cuenta y se la consideraba como una cosa, y brotaban, por ello, injusticias. Enseñaba, en aquel tiempo en el que el trabajo era realizado ordinariamente por esclavos, que ningún hombre puede ser considerado y tratado como una máquina anónima. Al hombre hay que reconocerle siempre su dignidad de persona humana. El humanismo personalista se revela, en definitiva, como un camino que nunca debía haberse abandonado y que es preciso reiniciar en la reconstrucción de Europa.

DR. EUDALDO FORMENT
Universidad de Barcelona